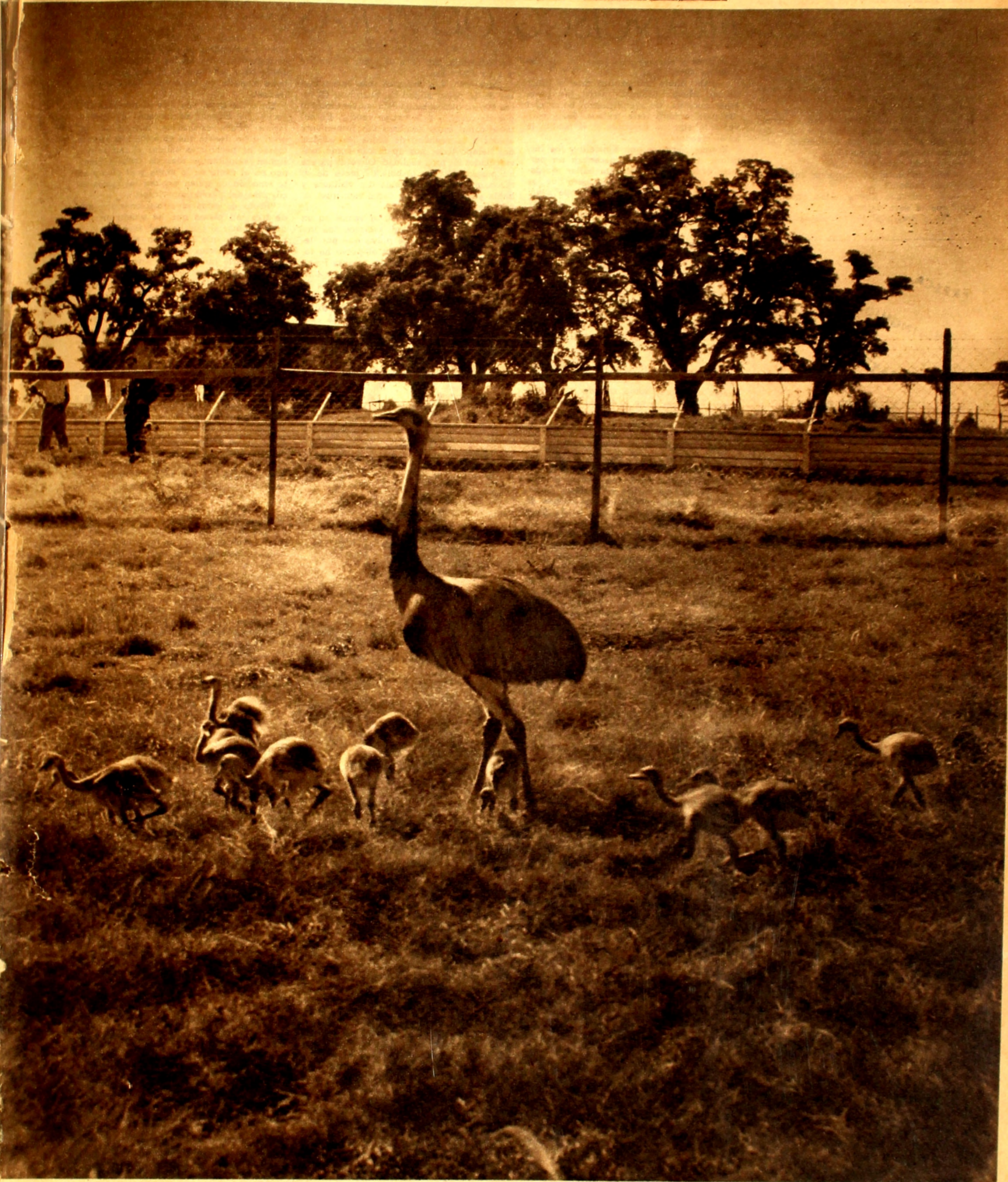
AÑO XXII. — Nº 1043.

EL DIA

MONTEVIDEO, ENERO 11 DE 1953.



ZOOLOGICO DE SANTIAGO VAZQUEZ.

(Fotografía de la Oficina Municipal de Propaganda).

Lentamente se va poblando el Jardín Zoológico Municipal instalado en Santiago Vázquez al que, como es sabido, se van trasladando los animales del Villa Dolores que necesitan espacios libres y amplios. Esta nota es la de un ÑANDU rodeado de sus charabones, originarios del lugar; como quien dice los primeros nativos.

ENTREVISTAS SIN PALABRAS

FRANCISCO OLIVERAS

PODRIAMOS titular esta nota, "La Paradoja del Profesor ordenado". Mucho falta discriminar sobre qué se entiende por orden; por qué, cuándo y cómo un hombre es ordenado. Nos referimos a los problemas de la cultura. Un profesor, amigo nuestro, residente en Francia, al ver lo que él llamó desorden de nuestra mesa de trabajo, como quien dice de la oreja nos llevó a ver su despacho, para que aprendiéramos. Quedé asombrado. Carpetas y más carpetas, ficheros y más ficheros. No se publicaba nada en la prensa francesa que él no archivara debidamente con recortes, sección por sección, materia por materia. Algo que al principio me deslumbró, pero que me indujo a preguntarle:

—¿Y todo ésto para qué?

—Para encontrar rápidamente cualquier dato que necesites.

—¿Y para qué quiere usted encontrar rápidamente esos datos?

—¡Vaya pregunta! Por el placer de encontrarlos y además para hacer el uso debido de ellos.

—¡Ah! Ahora me explico que, a pesar de su talento, produzca usted tan poco, pues necesita las veinticuatro horas del día para ordenar este trabajo. Sería conveniente algo de desorden si él facilita la labor creadora.

Porque cierto es que Einstein y los Institutos de Investigación necesitan un perfecto orden que les permita hallar rápidamente cuantos datos precisen, pero que los hombres, por muy catedráticos que sean, alcancen categoría de ordenados por el puro placer del orden, no le vemos la importancia.

Pero volviendo a la paradoja del profesor Francisco Oliveras, él confirma el refrán de que todas las cosas se parecen a su dueño. Lo vemos siempre embebido en su monólogo, como en la luna, o en la geología de la luna. Su librería es una exposición de eso que los reglamentaristas llaman desorden. Aunque se trata de una nave, el local, en lo que a los libros se refiere, da impresión de laberinto. Y al momento oímos:

—Oiga, Pancho. ¿Tal libro?

Y el profesor Oliveras, en su desdoblamiento de librero y Pancho, da la ficha exacta del libro, autor, edición y materia, y de si lo tiene o no lo tiene. Porque este hombre de aparente desorden posee, y esa es la cuestión, un crebro muy bien ordenado.

Que todas sus cosas se parezcan a él no quiere decir que él se parezca a todas sus cosas. Buscando algo que nos hiciera definible su personalidad, nos hemos preguntado. ¿A qué se parece el Profesor Oliveras? Y al momento nos llega la imagen de una bola de nieve. Calcúlese, el Profesor Oliveras parecido a una bola de nieve. Lo menos aparente para darnos una idea de su personalidad, él, siempre a alta temperatura cordial, tensa siempre su mirada y su voluntad. Sin embargo...

¿Habéis hablado alguna vez con él? ¿Habéis incidido sobre algún aspecto de su especialidad? Geología, antropología, paleontología... Su primera palabra es un copo de nieve, que se adhiere a otro copo, forman un pareado de pluma que en el rodar se junta a otros copos apretándose en una pequeña bolita, que rueda, rueda, rueda impulsada por un viento interior de entusiasmos que no puede fundir el calor de su aliento, y se agranda hasta formar una bola inmensa de razones, comparaciones, deducciones, inducciones, suposiciones, ilusiones... Porque estos hombres de ciencia son los más refinados poetas, versificando siempre sobre el fluir del tiempo, hasta convertir las más grandes ilusiones en portentosas realidades.

¿Quién ha dicho que la ciencia no es poesía? No lo dirá quien oiga hablar al profesr Francisco Oliveras. Y yo no dudo que su principal labor docente estriba, en primer lugar, en el don poético que sabe imprimir en la sensibilidad de sus alumnos y compañeros de trabajo. Si la poesía es pasión, y dolorido sentir, y afán de hallar el sentido de la vida, no hay poeta que pueda compararse a esos constructores de sistemas científicos. Cuando se habla de la paciencia de investigãdor, se forma la falsa creencia de que esa paciencia está desprovista de pasión y sentimiento. No se concibe que, sin la llama de esa pasión y sentimiento, Linneo o Cuvier, Darwin o Pasteur, Bopp o Alejandro de Humboldt, Cajal o Pawlow, persistieran año tras año buscando el nudo de alguna contradicción científica para desatarlo y convertirlo en nueva certidumbre de nuestro conocimiento.

Pero no sólo pasión y sentimiento, hace falta también amor al hombre, deseo de su liberación. Hay, sin embargo, casos y casos. Conocimos un profesor alemán, el arqueólogo Max Ulhe que, ante una piedra levemente adornada de artificial relieve, reconstruía con su palabra un estilo incaico de templo o palacio. Este hombre, ya viejo y tonto, pero no tonto por viejo — el diablo sabe más por viejo que por diablo — sino viejo de tonto, regresó a la Alemania de Hitler, ingresando en una de las tantas cofradías, cada una de su especialidad cultural, para respaldar la "cultura aria" dirigida por un mesías asexual y su correspondiente legión de andróginos, de ahí su crueldad. Lo cual demuestra que, así como se puede saber mucho de cráneos y no saber nada de cerebros, se puede saber mucho de arqueología y no percibir el ritmo de la historia, por falta de amor al hombre y a su liberación.

Pues bien. Los aspectos más encantadores de la personalidad de Francisco Oliveras son su pasión humanista, su sentimiento por las cosas, y a la vez su candor. Es notable como estos hombres tan firmemente atados a la realidad de todas las edades, del tiempo todo, nos aparezcan como desvinculados de toda realidad. Oliveras parece un poseído cuando la bola de nieve de su razonamiento se desprende del visitante y habla ya por su propia carga espiritual. Y nos dice al fin:

Por un pasillo de polvo entramos en un aposento de polvo. Luego subimos una improvisada escalerilla de polvo que nos lleva a un recinto en el que el polvo ha tomado posesión de todas las cosas. Polvo eres y en polvo te convertirás. Y quien así no lo crea, demuestra que su cerebro es de impuro polvo. Pero bajo la capa de polvo brota la tierra. La tierra uruguaya. Fósiles que nos hablan de milenios, alfarería evocando los albores de una civilización truncada, piedras y huesos que hablan de arte para la caza, la pesca y la guerra, huesos que peregrinan ahora en el recuerdo, testimoniando la presencia de tribus aborígenes. Cada pieza toma primeramente relieve biológico, pues todo habla de una presencia natural, pero al instante el profesor Oliveras le halla el perfil histórico, de lo que fué y de lo que pudo ser. Y todo está ahí, impreso en esos restos que es fácil alguna vez hayamos pisado indolentes en nuestras excursiones por el campo. Hace falta el ojo del investigador que lo capte y lo clasifique.

Nos deteremos un instante frente a un conocido nuestro. El ñacurutú, del que hablamos a los lectores (véase nuestro trabajo "El Ñacuturú Sagrado", suplemento EL DIA del 30 de marzo de 1952). Pieza única, aparición misteriosa del simbolismo sagrado de la noche en el alborear de la cultura aborigen. También el polvo lo cubre con un sutil velo de realidad que hace más indecisos los ornamentos de su superficie. No es una ave para poblar el cielo de ascensiones, sino para traspasar el misterio sombrío de la noche. Algunos naturalistas nos dirán que el ñacurutú no pasa de ser un ave de las más tontas, esos mismos naturalistas que escriben fábulas para uso de los Delfines y afirmar, ignorantes, que la hormiga es trabajadora y la cigarra es holgazana, pero los otros naturalistas, los que no escriben fábulas sino poesía para todos los hombres, se encargan de decir que el ñacurutú pulsa en las tierras del Plata, desde hace milenios, el mismo enigma del buho sagrado en las civilizaciones mediterráneas.

En carta suya, nos dice el profesor Oliveras, justificando su tardanza en contestarnos: "Para excusarme, aunque sea un poco, debo decirle que en estos tres últimos meses he hecho tres salidas al campo que suman veintitantos días de trabajo continuo en el canto de la azada y el pico y en la emoción de quien explora las raíces incógnitas del pasado americano.

"Fruto de estas investigaciones son más de tres mil piezas que he tenido no sólo que exhumar sí que limpiar, acariciar y estudiar, para que descansen ahora en los anaqueles abiertos a la luz de mi Museo. Debo decirle también de cuatro esqueletos y restos de cinco individuos más, charlas en varias escuelas de Dolores y a vecinos de Colonia Concordia, término de una película documental sobre la costa atlántica y de otra documental arqueológica en nuestro país, de las rarísimas de América del Sur, en donde se ha puesto sentido para las más altas civilizaciones, monumentalidad, etc., o para pueblos vivientes de cultura primitiva".

Y a continuación el hombre sensitivo enamorado de su tierra: "Mucho me alegra su adaptación al ambiente campesino donde la herencia hispánica no le hará sentirse forastero sino, más de una vez, remontarse a las viejas raíces, como quien explora un árbol corpulento hacia abajo mientras disfruta de su sombra, de sus frutos sabrosos, de la música de sus ramas y también de sus semillas promisorias esparcidas en la ancha tierra por el viento".

He ahí al hombre expresándose en su desdoblamiento intelectual y sensitivo. Destaquemos tres frases suyas: "la emoción de quien explora las raíces incógnitas del pasado americano". Dice también que ha tenido que "limpiar, *acariciar* (subrayemos esta palabra) y estudiar". Y nos dice de "remontarse a las viejas raíces, como quien explora un árbol corpulento hacia abajo" Tres características de auténtico investigador, sensualmente prendido a su trabajo. Emoción ante la obra, acariciarla a la vez con el tacto de manos y mirada, sentimiento de retorno para hallar el origen de las cosas, pues sin origen no hay finalidad consciente, porque la inconsciente está al alcance de todos, y es la consciente la que importa.

El hombre de las piedras y los huesos. Dirigiendo la Sección de Arqueología Indígena del Uruguay del Instituto de Estudios Superiores, conduciendo su equipo de investigadores por todo el país, el profesor Francisco Oliveras es conocido por el hombre de las piedras y los huesos. Por donde pasa deja su deseo de curiosidad que le persigue hasta su casa. Campesino que tropieza con una piedra o encuentra un hueso, se siente en la obligación de enviárselos al hombre que una vez le habló de la importancia de estas cosas. El profesor sonríe bondadosamente ante algunos envíos, y los agradece cordialmente, pues él sabe que la arqueología empieza por ser eso, un amor por todas las piedras que contemplamos en el camino de nuestra vida. El ojo certero vendrá después clasificando, pero sin la curiosidad inicial no hay arqueología posible.

No sé si estará enfadado conmigo porque aún no le he enviado piedras ni huesos. Por si acaso, le ruego me disculpe. En este rincón no hay ni huesos, los perros acaban con ellos, aunque sean fósiles, y en cuanto a las piedras, el sol de las sequías las ha pulverizado en el transcurso de los siglos. Por eso resulta tan bello el paisaje de estas aguas.

*

Y vuelvo al principio. Mucho hay que discriminar sobre el orden y el desorden de los hombres y las cosas. Pero yo ruego al amigo Oliveras ponga un poco de orden en su Museo. O busque las asistencias necesarias para ordenarlo. Es un crimen de lesa cultura que el enorme tesoro espiritual que ha acumulado durante años, permanezca inédito, cuando es el más rico testimonio de los orígenes de nuestro país.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

Escuela Rural Nº 70. Quebracho. Cerro Largo.

(Especial para EL DIA).



"CARDOS". Oleo.



"HOJAS". Oleo.



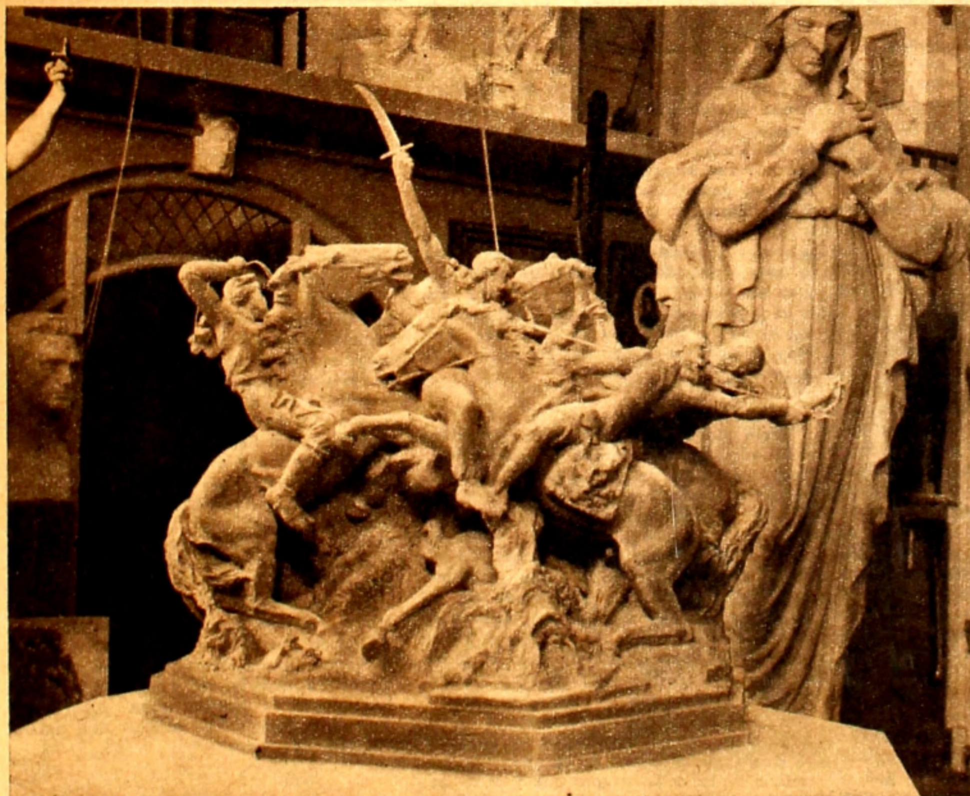
"EL AGUILA". Escultura.

OLEOS Y ESCULTURAS DE BELLONI

EN su estudio-taller, abierto ocasionalmente al público para exhibirle su última producción, y la novedad interesantísima de algunos óleos, ha realizado una exposición el artista don José Belloni, exhibiendo una nutrida colección de esculturas, muchas de ellas divulgadas en estas páginas, estatuillas y figuras de estudio. De todo ello se hizo en su oportunidad crónica en nuestra edición diaria, completándose el comentario de entonces con estas notas gráficas que ofrecen algunos aspectos de la interesante muestra.



"PAISAJE". Oleo.



"ENTREVERO". Escultura.



VISTA DEL TALLER.

HACE UN SIGLO NACIO EN LA HABANA, JOSE MARTI

"No mueren nunca sin dejar enseñanza los hombres en quienes culminan los elementos y caracteres de los pueblos; por lo que, bien entendida, viene a ser un curso de historia la biografía de un hombre prominente". — JOSE MARTI (Norteamericano).

De clara estirpe hispana, como lo fueran casi todos los prohombres de las rebeliones sudamericanas —eran sus padres don Mariano Martí y Navarro, sargento primero del real cuerpo de artillería, natural de Valencia, y doña Leonor Pérez y Cabrera, natural de la isla Santa Cruz de Tenerife—nace en la capital de la Gran Antilla, el 28 de enero de 1853, José Julián Martí, bajo la égida de una estrella que le predestinaba ser uno de los más puros forjadores de la sublime libertad.

Hijo de tales padres, lógico era que el niño recibiera en el hogar una educación esencialmente española; pero ya es archisabido aquello de que todo lo han podido hacer los españoles en América, menos el que sus hijos tengan sentimiento español. "El primer criollo que le nace al español, el hijo de la Malinche, fué rebelde..." Y en Martí, desde sus más tempranos días, mucho antes que en otros de sus compañeros de gloria, nació recia e inextinguible la idea de que su patria debía ser libre.

Aprende las primeras letras en una modesta escuela de barrio. A los trece años el niño precoz trae a su padre el diploma de ingreso al Instituto de Segunda Enseñanza y una generosa solicitud del educador Mendive, en sentido de que le consintiese costearle los estudios de bachiller como premio a la notable aplicación y excepcionales condiciones del muchacho. El padre acepta. A medida que el niño adelanta en sus estudios, se aviva más y más en él la idea de libertad, que ha de costarle después la vida. Así puede afirmarse que mucho antes que en el territorio cubano, la paz empezó por quebrantarse en el propio hogar de Martí, donde, y como en un escenario en pequeño, se bosquejaba ya la puja por la liberación de la Gran Antilla, su desgarramiento de los dominios de España. Caso interesante y acreedor a algo más que al limitado espacio de una nota periodística, el de este hijo, apasionado de la libertad de su patria, frente a su padre, decoroso y fiel servidor de la corona dominadora; pero bástenos acotar lo que podríamos tomar por cuerdo y simpático epílogo: la resolución del padre, convencido de que su oposición será inútil, al despojarse de las insignias de su empleo en las armas reales "para que su hijo no tuviera que vérselas un día frente a él", y las respuestas del hijo de bondad infinita, que "ha recibido en Cuba de su padre español el primer consejo de altivez e independencia", y "el que quiere hoy más a aquel soldado español, el que lo tiene a todas horas en la sombra que hoy es, de compañía y de consejo, es un corazón cubano".

*

No tiene nada más que dieciseis años cuando dirige "La Patria Libre", periódico en el que publica su poema dramático "Abdala", brillante primicia de su fase política y literaria, y un año más tarde ya el fiscal está pidiendo la muerte del imberbe Martí. Condenado a seis años por briosas manifestaciones revolucionarias, pasa al presidio a cumplir la primera condena que por la patria sufre. Del castigo a duras faenas en las canteras de San Lázaro con la cadena de presidiario a los pies, escribe el niño revolucionario, que por su edad y débil constitución física no resistía tales trabajos: "el dolor del presidio es el más rudo, el más devastador de los dolores; el que mata la inteligencia y seca el alma y deja huellas que no se borran jamás".

Sin embargo, más, mucho más que su dolor le consume el de su patria. En La Habana se presencian verdaderos combates entre las milicias del reino y los hijos del país, cuyo triste corolario es el fusilamiento de los estudiantes de medicina en 1871, y plasma en bravos versos los sentimientos que le produce tan inaudita violencia descargada contra sus compatriotas.

"Y más que un mundo, más; cuando se [muere
en brazos de la patria agradecida,
la muerte acaba, la prisión se rompe:
empieza, al fin, con el morir la vida..."

Sale del presidio para ser deportado a la isla Pinos, primero, y luego a la península. Vive en Madrid en la mayor miseria. En una buhardilla de la calle Preciados estudia y escribe noche y día. Pasa a Zaragoza, en cuya Universidad se gradúa de doctor en derecho y filosofía y letras. En 1873, cuando el sol de la República iluminó la península por un cuarto de hora, acude Martí a la conciencia española en demanda de libertad para su patria, y sostiene la justicia purísima de su petición con su poco divulgada obra "La República Española ante la revolución cubana".

Martí estudió a España con amor de hijo, y con consideración de hijo señaló el error de sus padres, rebelándose contra su tutela, al convencerse de la imposibilidad de obtener para su patria lo que él creía imprescindible, dice uno de sus biógrafos. En su alma, de pureza infinita, no cupo jamás el odio. Su pluma labró la más enaltecedora ofrenda al alma y al genio de la Madre España. "La guerra de Cuba no tendrá que ser, ni quiere ser, la obra del odio contra el padre honrado de hijos cubanos, ni el esposo bueno de la mujer cubana, sino la manera de poner a Cuba en condición de que pueda en ella vivir feliz el hombre". Toda la propaganda revolucionaria de Martí, es un llamamiento cordial, sin odios. La libertad fué su pasión y el amor —su credo santo— el medio empleado para conseguirla. Al amor ajustó su vida toda y con amor quiso cimentar su soñada República así por él proclamada:

"¡Con todos se ha de fundar
para el bienestar de todos!"

De España pasa a Francia, luego a Inglaterra, y poco más tarde está de vuelta en su América. Vive en Méjico, donde se casa y donde se inicia su apogeo intelectual. Allí funda y dirige la "Revista Universal", y allí estrena su proverbio en verso "Amor, con amor se paga". Abandona la tierra azteca cuando ha dejado bien señalada huella de su labor como conferencista, orador, poeta, periodista y autor teatral. Va a Guatemala y es profesor de la Escuela Normal de aquella República. Es allí donde su vida fué conmovida por una pasión amorosa que inmortalizó en su bello poema "La niña de Guatemala":

"...era su frente ¡la frente
que más he amado en mi vida!"

Recorre parte de América Central, de Colombia y de Venezuela, y en todas partes, al decir de Darío, "quien se acercó a él se alejó queriéndole". De su paso por Venezuela, cuentan que "un viajero llegó un día a Caracas al anochecer y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía y se dormía, sino cómo se iba adonde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan también que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre emocionado cuando se le acerca un hijo..."

En 1878 consigue entrar de nuevo en su patria y levanta la bandera de la revolución. La isla está convulsionada. La sedición brota de todas partes, pero en setiembre del año siguiente Martí es deportado nuevamente a la península. A los pocos meses logra escapar de España y en 1880 figura al frente de la junta revolucionaria que desde Nueva York dirige la guerra que otra vez espontáneamente arde en Cuba. Puede decirse que es en Nueva York donde pasa Martí el período culminante de su agitada vida. Allí funda el partido revolucionario cubano, en cuyas bases concreta la liberalidad de su anhelada República: "justa y abierta, una en el territorio, en el derecho, en el trabajo y en la cordialidad, levantada con todos y para el bien de todos". Es allí en Nueva York donde escribe sus más sazonadas obras literarias, consideradas verdaderas joyas de la literatura romántico-modernista; donde puede verse, aunque por corto tiempo, junto a su amantísima esposa, doña Carmen Zayas Bazán, y a su único hijo, parte y fruto de ese hogar que él ha formado para sacrificar y desatender tantas veces como lo haya requerido la libertad de su patria, y es allí también donde nos representa ante el gobierno de los Estados Unidos como cónsul de la República Oriental del Uruguay, siéndolo a la vez del Paraguay y la Argentina.

*

Corriendo el año 1894, Martí considera suficientemente preparada la revolución. Cuba "la tierra del sol amada", según el cantar de Baralt, era una zona de combustión a la que para estallar sólo faltaba arrimarle una chispa. Chispa y todo, no eran nada más que una sola cosa: Martí. Llega a Santo Domingo, donde le aguardaba Máximo Gómez. Allí luchan con la mar de inconvenientes y dificultades para poder trasladarse a Cuba, donde el 24 de febrero de 1895 había estallado el movimiento, con guerrillas en distintos puntos. En esos días escribe a su madre: "Madre mía: hoy, 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en usted. Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida, y ¿por qué nací de usted con vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre. Abrace a mis hermanas y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí! Y entonces sí que cuidaré yo de usted con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. Su José. Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que usted pudiera imaginarse. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca. J. M.".

Por fin el 11 de abril desembarca en la tierra de sus desvelos. A partir de ese día es uno más de los soldados que siguen a Gómez y a Maceo, dispuestos a comprar palmos de tierra con sangre generosa.

Nuevamente, como se lo habían hecho presente en Nueva York y en Santo Domingo, se insinúa a Martí la conveniencia de que no debía permanecer en Cuba y a ello contesta impertérrito: "Donde esté mi deber mayor, allí estaré yo!" "Quiero que conste que por la causa de Cuba me dejo clavar en la cruz", dijo arengando por última vez a sus valientes hermanos en la tibia mañana del 19 de mayo. Pasado mediodía se iniciaba fiero el encuentro con fuertes tropas realistas. Máximo Gómez insistentemente reconviene a Martí que se aparte del peligro de las primeras líneas. "Yo invoqué la guerra, mi responsabilidad comienza con ella en vez de acabar. Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber", había escrito Martí días antes en carta dirigida a Federico Enrique Carvajal desde el campamento. Y Martí, todo entusiasmo, todo valor, todo pureza y lirismo, desoye las prudentes indicaciones del jefe, monta a caballo y se dirige resuelto a las avanzadas del entrevero. Las balas españolas encuentran su pecho franco. Herido de muerte, es recogido por el coronel español Jiménez Sandoval, quien estaba ligado a Martí por lazos de una vieja amistad. Sandoval escribió en un papel su nombre y el de Martí, y luego de unirlos con un signo masónico, lo prendió a las ropas del caído, encargando de él a una mujer para que si curaba le restituyese al jefe militar de los revolucionarios Máximo Gómez, y si fallecía le sepultara debidamente.

En esa triste tarde de Dos Ríos la patria recibía con su sangre la vida del apóstol de su libertad, lo único que le restaba ofrecer a quien cumplía entonces como sostuviera en vida que "cuando un hombre ha variado su espíritu puede dejar ya la tierra" y que "de su propia obra mueren los espíritus sinceros".

Ismael SOLARI AMONDARAIN
(Especial para EL DIA).



Cada 28 de enero, montañas de flores rodean el monumento de Martí, en La Habana.





Estampa antigua de Torcello (una de las poblaciones venetas), antes y después de ser restaurada.

LA CLINICA DE LAS MARAVILLAS:

MUERTE Y RESURRECCION DE LOS LIBROS

DESDE lo alto de la Torre de los Capocci, ruina medieval que se levanta arrogante en una tranquila zona quedada intacta en el corazón de Roma, la mirada abarca la desmesurada extensión de la Urbe, sus palacios, sus monumentos, sus iglesias. El rumor de la ciudad sube apagadamente, mientras que de las colinas cargadas de ruinas y de gloria, desciende un viento suave con sabor de las cultivadas llanuras, de los pinares ásperos, del mar lejano. En este verde oasis de paz, casi fuera del tiempo, se levanta el Instituto de Patología del Libro.

¿Supone el amigo lector lo que eso sea? ¿Ha pensado alguna vez en que hasta los libros, fieles compañeros de nuestra vida, pueden enfermarse y morir, no diferenciándose en sus deterioros del proceso de las afecciones que sufren los hombres, los animales, y las plantas? Así como a la salud de las personas provee la medicina, y a la de los animales provee la veterinaria y a la de las plantas la botánica, también para los pobres libros enfermos ha surgido una ciencia que, rápidamente desarrollada en nuestros días, ha sido acertadamente llamada con el nombre de Patología del Libro.

Desde hace mucho tiempo han existido hábiles artesanos aplicados a la restauración de los libros, pero las alteraciones del papel y de las substancias componentes de las tintas de imprimir, se afrontaban empíricamente, sin conocerse la naturaleza, la causa, la subdivisión científica de las alteraciones mismas, empresa en verdad difícil por ser muy variados los agentes de todas clases que ejercitan sobre el libro su respectiva acción, participando en su composición elementos de naturaleza vegetal (el papel, el papiro, la tela), de naturaleza animal (cuero, pérgamo), y de naturaleza mineral (tintas y colores). Por esa causa es que solamente en tiempos recientes ha empezado a ejercerse una actividad auténticamente científica, considerándose al libro en su entidad física de substancia llamada a perecer, uniéndose en racional colaboración los esfuerzos y los estudios de técnicos, experimentadores, químicos y biólogos.

El Instituto de Patología del Libro ha colocado a Italia a la vanguardia, y no sólo en el mundo europeo, en este sector de la cultura. Se fundó en el año 1938, y todavía lo sigue dirigiendo el profesor Alfonso Gallo, estudioso de solidísima cultura bibliográfica y técnica, y apasionado amor por su trabajo con el que, desde su iniciación, colaboran un conjunto de esforzados especialistas bibliógrafos, como el profesor de Sanctis; químicos, como el profesor Longo; biólogos como el profesor Bónaventura; y además, artistas fotógrafos, técnicos y restauradores.

El Instituto, con sus cincuenta salas que alojan a la biblioteca, el museo y laboratorio, puede definirse como una clínica modernísima en donde el libro, considerado en sus múltiples formas de materia gráfica, es amorosamente curado, sujeto a operaciones complejas y difíciles, recuperado, vigorizado, rejuvenecido, y colocado nuevamente en situación de afrontar la vida fatigosa y fecunda de la biblioteca, de los archivos, y de los museos.

Estamos realmente en el reino de la magia: los incendios, las arenas del desierto, la lava de los volcanes, las inundaciones, el sueño secular en húmedos escondrijos, el asalto tenaz e implacable de las polillas, gusanos, termites, bacterias, y toda naturaleza de micro-organismos, han transformado los frescos rollos de papiros de Grecia y de Egipto, los sólidos pergaminos de Roma, los códices espléndidamente miniados del Medievo, convirtiéndolos en entristecedores amasijos grises, negruzcos, opaca materia sin vida. Pero el amor y la ciencia de los hombres de este Instituto hacen milagros, y he ahí los papiros achicharrados y retorcidos que se distienden para revelar el tesoro de la cultura guardada por milenios; y también las maniaturas de los códices, de los cánticos corales, de los misales, reanimados; o la obra reseca y lacerada, destrozo de una guerra lejana o inmediata, que vuelve a recuperar su materia, su color, su luz...

A la restauración de una obra colabora todo el elenco del Instituto, pues una rigurosa disciplina regula armónicamente cada operación, subdividiendo exactamente obligaciones y dependencias. En el departamento de Física, los aparatos radiográficos sensibilísimos diagnostican con matemática exactitud la enfermedad que aflige al material impreso que, bajo los rayos espías revelan, aún en las partes aparentemente intactas, trazos oscuros e informes, bacterias, colonias de invisibles destructores inmisericordes. De allí pasa al de Biología, donde los micro-organismos y los agentes patógenos son examinados, clasificados, aislados, y estudiados concienzudamente, efectuándose experimentaciones en provetas y caldos de cultivo. Una potente cámara de gas extermina inmediatamente todos los micro-organismos, aún los más refractarios al tratamiento químico.

En el Departamento de Restauración los ejemplares lacerados, los destrozados, los borrosos, son pacientemente reparados y recuperados; en el de Tecnología, se preparan las correcciones de escritos de tipo antiguo con los mismos lentos procedimientos de artesanía utilizados en los lejanos siglos pretéritos. Los restauradores proceden a lavar los escritos, a remendar las páginas y tapas, al planchado de los sutiles velos de seda transparente, al despegado de los folios, al planchado mediante delicadas máquinas expresamente construídas, fortaleciendo los tipos, las miniaturas, procediendo a completar el trazo del motivo ornamental, ligando, hasta donde es posible, lo antiguo con lo restaurado sin que en nada se revele lo postizo, el falso antiguo, con increíble paciencia y exactitud, de modo que la obra parece como si saliera de las manos del antiguo artífice que la realizó.

El laboratorio de Fotografía, dotado de modernos aparatos fotostáticos para la reproducción normal de escritos y películas; de microfotográficos para dispositivos por micro-reproducción y ampliación, y demás cometidos tendientes a la reproducción, tiene otro cometido de vanguardia, por llamarlo así, preparando el microfilm destinado tal vez a revolucionar un día el actual sistema de bibliotecas y archivos. Pero sobre este tema, amigo lector, hablaremos con otro artículo en otra ocasión.

Nos basta, por ahora, pensar con gratitud y admiración en estos estudiosos que, para nosotros y para lo futuro, han salvado del aniquilamiento obras fundamentales o gloriosas, como los papiros de Pompeya y de Herculano, arruinados por las cenizas del Vesubio; los códices de la Biblioteca Nacional de Torino, tostados de las llamas, y podridos por el agua; los corales miniados de la Abadía de Montecasino locamente arruinados con el venerable edificio.

Guido MANZINI.

Roma, 1953. (Especial para E LDIA. Traducción de E A.).

(Las fotografías reproducidas han sido gentilmente cedidas por la Dirección del Instituto de Patología del Libro, de Roma).





"Eleganze", obra de Aldo Manuzio, con páginas quemadas, antes y después de los trabajos.

LA JURA Y PROCLAMACION DE FERNANDO 7.º EN LA COLONIA DEL SACRAMENTO 1808

CUANDO escribimos nuestra página de homenaje a la memoria de José Toribio Medina (1), en ocasión de conmemorarse el centenario de su nacimiento, destacamos, entre las obras vinculadas con la historia del Uruguay su aporte a la numismática nacional — período hispano — al referir cuanto él nos dice sobre el particular en su libro "Medallas de Proclamaciones y Juras de los Reyes de España en América", y en el que se pronuncia justamente sobre las medallas troqueladas para exaltar en la Colonia del Sacramento y Maldonado la jura y aclamaciones a Fernando 7º, al rectificar los errores de su colega D. Alejandro Rivadeneira (2). De esa forma Medina puso de relieve, en el enjundioso texto de la "Noticia Preliminar" que acompaña su estudio, que las medallas atribuídas por el escritor español a la ciudad de Santiago de Compostela y a San Roque pertenecían, en verdad, a las nombradas poblaciones de la Banda Oriental.

Pero algunos años antes de aparecer la obra del ilustre polígrafo chileno, el historiador argentino D. Alejandro Rosa en sus "Estudios numismáticos. Aclamaciones de los Monarcas Católicos en el Nuevo Mundo" (3) había puesto de manifiesto la existencia de esas y otras extraordinarias piezas conmemorativas fundidas en nuestro país en aquel año de 1808 y de las cuales una, la medalla de Colonia del Sacramento tenía ya — al decir de Medina — señalado su verdadero pueblo de origen por el erudito numismático norteamericano Mr. Benjamín Betts.

*

Consignado así, en apretada síntesis y a manera de prólogo ilustrativo cuanto debo decir respecto del tema, cabe agregar ahora — y constituye el motivo fundamental de esta crónica de historia — que ninguno de los autores antes nombrados exhumó las probanzas documentales que al fijar incontrovertiblemente esos asertos numismáticos daría a sus manifestaciones la jerarquía y el destaque siempre necesarios en obras tan magníficas, aun cuando, como en este caso, la personalidad literaria de los escritores nombrados constituya por sí solo, eminente respaldo moral y científico.

Fué antigua costumbre en el Nuevo Mundo conmemorar la jura y proclamación de los reyes de España con actos de extraordinaria solemnidad social, militar, eclesiástica y universitaria, verdaderos torneos en los que se emulaban en espectacular competencia las instituciones, ciudades, villas y vecinos de arraigo y posición para rendir al monarca, con toda magnificencia, el debido homenaje de sumisión y respeto.

*

Dijimos ya, en la circunstancia antes señalada, que las primeras juras reales montevideanas fueron troqueladas en 1789 para festejar a Carlos IV, y que Medina descubrió el ejemplar que describe y reproduce en su libro entre las medallas de la colección numismática perteneciente al Cabildo Eclesiástico de Pamplona, pero que sería dos décadas más tarde, en 1808, cuando otras poblaciones del país al celebrar los actos de homenaje a Fernando 7º distribuirían también sus medallas recordatorias, ofrenda, ésta, que constituía uno de los pronunciamientos de mayor jerarquía, como expresión simbólica de perpetua veneración.

D. Alejandro Rosa y José Toribio Medina ilustran sus obras reproduciendo las medallas de Montevideo, Canelones, Colonia, Santo Domingo Soriano (4) y Maldonado.

Todo parece comprobar que las medallas de la Colonia del Sacramento fueron fundidas en tres cuños distintos, según los ejemplares que exhuma D. Alejandro Rosa, pero se nos asegura la existencia de cuatro medallas distintas, dos tipos en plata y dos en oro, fundidas en troqueles semejantes. Hasta que no podamos examinar personalmente el nuevo ejemplar de oro, obrante en el Museo Histórico de Rosario (Argentina), nos atendremos a la clasificación señalada por los eruditos numismáticos nombrados. En su hora, pues, trazaremos el estudio complementario, incorporando a la numismática nacional una pieza de singular valor histórico. Las de oro muestran, en su anverso, con grafía arábiga la expresión *séptimo*, y en el reverso la abreviatura *Colª (Colonia)* de difícil lectura, se confunde como un adorno agregado en la base de la Custodia que ocupa el campo de la medalla. Tienen, éstas, canto acanalado y son de menor tamaño que las de plata. En cambio, las de este metal, aunque muy parecidas entre sí se distinguen por diferencias de las letras, orla, peso y diámetro y en su anverso el distintivo cronológico del monarca figura en número romano.

Es interesante señalar ahora que la Custodia del Santísimo Sacramento estampada en ellas, unida siempre a la abreviatura *Col.ª* compone, artística y simbólicamente el nombre de la localidad: *Colonia del Santísimo Sacramento*, y no es menos oportuno decir que en el proyecto que trazó en aquel mismo año de 1808 el arquitecto Mayor de las Reales Obras de Montevideo D. Tomas Torivio para la futura Iglesia Mayor de la Colonia nos presenta una gran Custodia, sobre la línea del frontispicio, como adorno característico y único.

Firma del Alférez Real de la Colonia del Sacramento D. Manuel Delgado, cuyo nombre pasa desde ahora a ocupar un sitio de destaque en la numismática de América como inspirado y generoso creador de las medallas de oro y plata troqueladas en homenaje del rey Fernando VII.

Firma del Comandante Militar D. Ramón del Pino que con el Alférez Real Manuel Delgado presidió la jura y proclamación de Fernando VII en la Colonia del Sacramento el 25 de setiembre de 1808.

*

La jura y proclamación de Fernando 7º en la Colonia del Sacramento se cumplió el domingo 25 de setiembre de 1808.

El país pasaba por horas de intensa agitación. El eco de los graves sucesos bélicos que ocurrían en la península unido al de los propios aconteceres políticos del Plata revestiría los actos provinciales de las juras de un encendimiento espiritual y patriótico jamás vividos, y el nombre del monarca por doquier voceado trasunta, en aquellos instantes de colectiva emoción, más que el jubiloso regocijo popular o el circunstancial homenaje de estilo, un elocuente voto de adhesión y simpatía a España. Tienen las juras reales celebradas en





la Banda Oriental un recóndito significado que debemos poner de manifiesto, y prueba por demás sugerente es que pueblos de reducida categoría social se pronuncian con solemnizaciones de inesperada magnitud, y nos ofrece interesante dato comparativo consignar que mientras en toda la restante como inmensa extensión del virreinato del Río de la Plata fueron *cuatro* (5) las ciudades que emitieron sus medallas conmemorativas, en nuestro pequeño territorio suman *cinco* los pueblos que las fundieron y algunos nos las presentan de distinto cuño y ofrendadas por distintas instituciones.

*

Le correspondió a Montevideo, anticipándose a todas las ciudades del virreinato, celebrar en primer término y con pompa extraordinaria la real proclamación el día 12 de agosto de 1808 y concurrió a ellas el diputado de la Junta Suprema de Sevilla, Brigadier Goyeneche, quien durante su viaje a Colonia, en marcha para Buenos Aires, fué en tal forma predisponiendo el ánimo de los vecinos de la comarca que el comandante militar de la plaza debió comunicarlo reservadamente al virrey Liniers y solicitar autorización para cumplir, cuanto antes, los actos de la jura que eran por aquellos insistentemente reclamados.

El 9 de setiembre Liniers expidió a la comandancia de Colonia el testimonio del Bando publicado en Buenos Aires con inserción de la Real Cédula de 10 de abril, "prebentiva" de la adbicación de Carlos IV en su hijo Fernando 7º, dispuso el celebramiento de las proclamas para el domingo 18, previo comunicado de la orden a los partidos de la jurisdicción. Las intensas lluvias caídas aquel día obligaron a suspender los actos para el domingo inmediato.

*

La solemne función de la jura y proclamación de Fernando 7º fué presidida por el Alcalde de Santa Hermanandad Manuel Delgado (6) que investido de la dignidad de Alférez Real por el Comandante de la plaza D. Ramón del Pino cumplió con lucimiento y la pompa de estilo el regio ceremonial. Acompañado a pie por las autoridades militares de la guarnición, alcaldes regionales, clero, tropa y pueblo hizo el clásico y espectacular paseo a caballo del Estandarte Real por los tres tablados, "adornados con decencia y esparciendo monedas al Pueblo, que en concurso numeroso patentizaba su acendrada Lealtad, entre Victores y aclamaciones: Salvas de artillería y fuegos Artificiales".

Los festejos duraron todo el día. Por la mañana, antes de la jura, misa solemne y tedeum, después, juegos, corrida de parejas y "varias suertes" de entretenimientos populares en la Plaza, más una recepción en casa del Alférez Real, "donde concurrieron todas las personas decentes del Pueblo", la que permaneció iluminada tres noches consecutivas.

Y como detalle final recordaré que tanto el Alcalde de la Santa Hermanrad como el Comandante Ramón del Pino hicieron llegar generosos presentes de medallas de oro y plata al Virrey D. Santiago Liniers, quien expresó su reconocimiento y gratitud por los actos de la jura y proclamación del nuevo rey... y último monarca de las Indias!

Ariosto FERNANDEZ.

---

(1) En el Suplemento de EL DIA, domingo 9 de noviembre de 1952.

(2) "Indicador de las medallas de proclamaciones de los Reyes de España a partir del reinado de Don Felipe II, hasta el de Don Alfonso XII". Madrid, 1882.

(3) Buenos Aires, 1895. Después de estudiar los caracteres numismáticos de las piezas colonienses agrega: "Estas medallas de la ciudad de la Colonia del Sacramento, en la República Oriental del Uruguay, han pasado casi desapercibidas a muchos numismáticos españoles si bien otros las han colocado en la categoría que les corresponde, pero dándolas como inciertas. En la colección del Dr. Andrés Lamas existe otro ejemplar de oro, que con el nuestro son los únicos conocidos hasta hoy. La excelencia del metal hace que haya sido muy perseguida por el bárbaro e inexorable crisol de los plateros de estos países, que sin más sentimientos que el de lucro, han fundido multitud de verdaderos monumentos de que ha sido defraudada para siempre la historia de nuestra numismática por la penuria de las familias que las conservaban y por la ignorancia de los que las compraban a vil precio".

(4) D. Alejandro Rosa denomina, con justicia, a la medalla de Santo Domingo Soriano "el fénix numismático del Río de la Plata". Cuando el señor Rosa escribió su obra se conocían sólo dos ejemplares, la de su colección y la que poseía el doctor Don Andrés Lamas.

(5) Buenos Aires, Salta, Potosí y La Plata.

(6) D. Manuel Delgado era natural de la Villa de Fuentes de Don Bermudo, provincia de Palencia, en Castilla la Vieja. Descendía de antigua y hacendosa estirpe lugareña, de buen origen y en el decir de la época, "christinanos viejos, limpios de sangre de toda mala raza". Arribó al Río de la Plata en 1783, con su esposa e hijos, integrando el núcleo de familias españolas destinadas a la costa patagónica que quedaron instaladas en la Colonia del Sacramento, donde se estableció con taller de tejedor, oficio tradicional de sus antepasados. En 1791 solicitó pero no obtuvo de la Real Audiencia de Buenos Aires que le concediesen los beneficios otorgados por el monarca —a expreso pedido de la "Sociedad Económica de Amigos del País" y por R. Cédula de 18 de marzo de 1783— "de que todas las artes y oficios de herreros, sastres, zapateros y carpinteros, y en los demás ejercicios son honestos y honrados y que en ningún modo envilecen las familias que los tienen ni las personas que los ejercen, ni los inhavilita para obtener empleos municipales o de República en los lugares donde está avecindado". En Colonia instaló un molino, fué proveedor de carnes y fué propietario de inmuebles en el pueblo y la campaña. No obstante el real acuerdo de la audiencia don Manuel Delgado fué electo Alcalde de Santa Hermandad, por el Cabildo de Buenos Aires, en 1797, 1802 y 1808, año, éste, en que sustituyó a José de la Concha Rosa, que se excusó en calidad de miliciano. En 1801 don Manuel Delgado fué condecorado con el grado de Capitán de Milicias de Artillería. A él se deben las medallas de oro y plata troqueladas en 1808 para la Colonia del Sacramento como ofrenda y homenaje a Fernando 7º, y atendió, también, con su propio peculio, otras erogaciones extraordinarias impuestas por el ceremonial de la jura.





Medalla de plata fundida en la Colonia del Sacramento. 1. Anverso, dice: VIVA Fernando 7º. — 2. Reverso: Custodia, y en su base grabado: COL.ª. Diámetro 27 mm. Plata 7 grs.





Medalla de plata fundida en la Colonia del Sacramento. 3. Anverso, dice: VIVA Fernando VII (cifra arábiga). — 4. Reverso: Custodia, y en su base grabado: COL.ª. Diámetro 29 mm. Plata 8 grs.

APENDICE DOCUMENTAL

"Exmo. Sor.

Con oficio de V.E. de 9 del Corr.te he recibido el testimonio del Vando publicado en esa Capital con insercion dela R.1 Cedula de 10 de Abril ultimo prebentiba de la abdicación de la Corona que hizo el Sr. d.n Carlos 4º en su hijo el S.or d.n Fernando 7º y en su consequencia he dispuesto que el Domingo proximo benidero 18 del Corriente se celebre en esta Plaza la proclamacion de nuestro Soberano Circulando a todos los Partidos las ordenes consigientes al mismo efecto y lo participo a V.E. para su superior conocimiento.

Dios gue a V.E. muchos años Colonia 14 de Sep.bre de 1808.

Ramon del Pino

Exmo.S.or Virrey d.n Santiago Liniers".

*

"Exmo Señor.

Por oficio que me paso el S.r Comand.te de esta Plaza, el 13 del corriente, que por orn.de V.Ex se celevrase, y Ploclamase en esta por Rey y Sr. de España y de sus Indias al S.r Dn. Fernando 7º cuyo acto como Alcalde me correspondía, y se devia celevrar el 18 del corriente, y no haviendolo permitido el tpo.pr.las muchas llubias se transfirio tres dias de Iluminaz.n, asistiendo, numer.o concurso tanto delos avitantes de este Pueblo como desus inmediaz.s y todos correspondieron, con muchos vitores y vivas dando pruebas del maior regocijo, y amor, lealtad, y felicidad, Patriotísmo, concluyendose el dia en diversiones onestas al efecto, se imprimieron medallas con la inscripcion q.e demuestra, una de oro y dos de Pta. que incluyo a las superiores Manos de V.Ex. para perpetua memoria.

N.ro S.r gue. a V.Ex. m.s a.s Colonia del Sacramento y sepre, 26 de 1808.

Exmo. Señor
Manuel Delgado.

*

Exmo.Señor

El dia 25 del corriente, se proclamo en esta Plaza, con toda la solemnidad posible, el S.or Dn. Fernando 7º por Rey de España y de sus Indias, publicandose al mismo tpo. el Vando, fijándose en los parajes acostumbrados, y circulando exemplares a los partidos de esta jurisdiccion. Se dio principio a esta Augusta Ceremonia, con una misa Solemne oficiada por el S.r Cura y Vicario, en que se cantó el Tedeum.

El Alcalde de la Población Dn. Manuel Delgado, aquien elegi para que exerciera las funciones de Alferez R.1, ha desempeñado el encargo con lucimiento y Patriotismo, tremolando el estandarte R.1 en tres lugares distintos, en que se construyeron otros tantos tablados, adornados con decencia, y esparciendo monedas al Pueblo, que en concurso numeroso patentisaba su acendrada Lealtad, entre Victores y aclamaciones: Salvas de Artillería, fuegos Artificiales: Lo restante del día se dedicó a regocijos publicos, corriendo parejas en la Plaza m.or con varias suertes de juegos; y finalmente en Casa del expresado Alcalde, donde concurieron todas las personas decentes del Pueblo, que estubo iluminad como la Vispera, y ante Vispera de esta función: todo lo que tengo la satisfaccion de participar a V.E. en obsequio de este honrrado vezindario, cuio constante amor al Soberano está bien acreditado: y aunque tengo entendido que el citado Alferez R.1 remite por su parte una medalla de o alusiba a la enunciada proclama, no obstante le suplico, tenga a bien admitir las dos monedas de Plata inclusas, que por la mia le dedico, como es de mi obligacion, y con el objeto de perpetuar la memoria de un dia tan señalado. Dios gue a VE.m.s A.s Colonia 27 de Sep.bre de 1808.

Exmo. Señor
Ramon del Pino

"Excmo.Sr.Virrey Dn. Santiago Liniers".

*

(Borrador de oficio del Virrey S. Liniers al Comandante de la Colonia)

"He recibido las monedas de que trata Ud. en oficio de 27 de Sep.re ultimo pr.el que me da cuenta de la solemnidad y alborozo con que se ha echo en esa Plaza la jura y proclamación del Nro.Amado Rey Dn. Fernando 7º siendo muy dignas de aprecio estas demostraciones con que el Alcalde que hizo de Alferez R.1 y los demas individuos de ese Vecindario han dado nuevas pruebas de la Fidelidad y Patriotismo que han formado siempre el carácter de todos ellos.

Oct. 1º de 1808.

Sr. Comandante de la Colonia".

*

(Borrador de oficio del Virrey S. Liniers al Alcalde D. Manuel Delgado).

"Habiendome dado parte el Coman.te de esa Plaza de la Solemnidad y regocijo con que se hizo en ella la jura y Proclamacion del Sor Dn. Fernando 7º le conteste en primero de este mes lo sig.te.

Aqui la contestación a su oficio de 27 de Sep.re

Ahora tengo la complacencia de repetir áVd. respecto de su persona las mismas expresiones manifestándole igualm.te el debido aprecio del lucimiento y desempeño con que se porto V. en aquel plausible y solemne acto, y dandole la gras. por su cuydadosa atencion de perpetuar en mi memoria la misma proclamacion con las tres monedas que con otras hizo vatir la generosidad de V. bien acreditada en aquella Funcion, igualm.te que su fidelidad y Patriotismo cuyos efectos se "renovaran en ella. Octubre 5 de 1808".

Documentos inéditos. Archivo de la Nación Argentina.

Atención de mi distinguido amigo el Sr. Dn. Aníbal M. Riverós Tula.

(Especial para EL DIA).



MONSTRUO MARINO. Obra de 1918, en el Millesgarden. Lidingo.

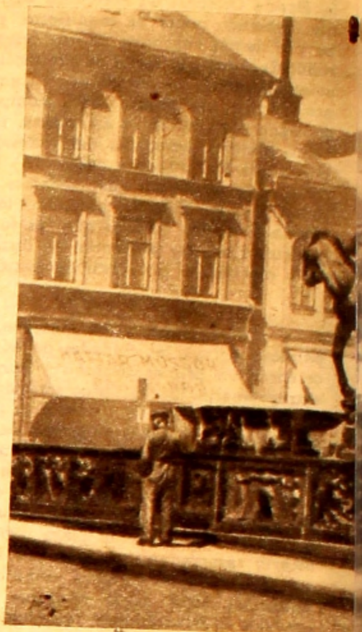
CARL Milles, escultor sueco contemporáneo, preferentemente radicado hace unos treinta años en Estados Unidos, ha aportado, con su extensa obra, uno de los capítulos más interesantes —y en esta latitud poco conocido— para el desarrollo de la escultura moderna. Su amplia fama en los países escandinavos y el aprecio que de su labor se tiene en cierto sector de la América del Norte han propiciado, a su favor, una literatura alabanciosa, poco concorde con sus verdaderos merecimientos, y provocativa al desdén para la crítica ortodoxa que, buscando equilibrio por oposición actúa, más al Sur, con la misma falta de cautela.



LA FUENTE DE ORFEO, frente al Concesthall, de Stockholm.

La posición histórica de Milles superará esas controversias del juicio. Para aquellos que entienden que la misión de la escultura es, tan sólo, la de verter, con las consabidas virtudes del modelado y el respeto a la materia constitutiva, un breve repertorio de hechos naturales, el artista que tratamos puede pecar por exceso de virtuosismo técnico, por ampulosidad extrema de concepción, por decorativismo exagerado. Los que, por su parte, defienden una más austera raíz conceptual, los que se evaden de la realidad o se apoyan en ella para el ambicioso salto de la creación, ligado a los imperativos condicionantes de la escultura, verán en Milles a un rezagado, a un sensual; sus virtudes de oficio se apagarán para los predicadores de un nuevo lenguaje, en la confesada posimión de amante a lo clásico que el artista admite como consecuencia de una larga vida de trabajo. Pero el extenso grupo de los pretendidos modernos, esos seguirán pasmados por cualquiera sea la estatua o el grupo que de sus manos haya salido. Todo individuo que busque afanosamente, y sin convencimiento adaptarse por snobismo a las nuevas corrientes plástica, sintiéndose alentado, no obstante, por un empuje romántico pecador, hallará en Milles el ejemplo perfecto para su actitud ambigua. Carl Milles concibe con amplitud de criterio, y atrevimiento, dignos de la época en que vive, pero la estructura monumental de sus obras no se aparta totalmente de ese apoyo finisecular que le da el tinte emotivo y a veces anecdótico, caro al espíritu que aún no sabe admitir la robusta realidad del presente.

Extraño destino, de una obra madura, que extendiéndose a lo largo de medio siglo de realización, ha plasmado la extraña aventura del espíritu en la primera mitad del siglo XX. Ahí está la razón del dislate expuesto y la grandeza, que consigo arrastra. Nadie podrá negar las excelentes virtudes que como realizador tiene Carl Milles; aún en la obra primera, donde fácilmente se descubren las influencias —no demasiado aceptables nunca— de Rodin o de Hildegrand, restos de su encendido contacto con estas figuras finiseculares en París o en Munich; aún en esos ejemplos menores, repito, su calidad como escultor está presente y afirmada. Pero a tan excelentes condiciones de oficio y a su inevitable aptitud genial, le corresponde desarrollarse y *triunfar* en la época más difícil para una sensibilidad en formación. Suecia, que no tiene antecedentes superiores a él, lo acoge con el mismo entusiasmo con que luego habrá de absorberlo Estados Unidos. Obsérvese que el escenario de su éxito es el ámbito donde, con razones e intereses distintos, hay una planificación de mundo actual, contrarrestada, al menos parcialmente, por cierto de jo melancólico, de que las artes plásticas dan cuenta. En las serenas y avanzadas construcciones suecas, sus interiores difícilmente admitirán el colgajo de algún cuadro académico, pero con la misma dificultad se encontrará en ellos, obras de arte concreto depurado; resabios del expresionismo noruego o del pseudo cubismo alemán o brotes vigorizados del super-realismo, tienen más cómoda cabida. Hay, pues en el gusto del sueco por las formas plásticas, una revaloración de lo romántico, que aunque dispuesto en el nuevo lenguaje del siglo, denuncia que su espíritu no se ha apartado totalmente de resabios ochocentistas. Como consecuencia, el placer y el orgullo con que Suecia admira y se place de tener a Carl Milles, es legítimo. Por otra parte, el viejo escultor, ha dado a Stokholm, el lugar mágico de sus aledaños, aparte de haber embellecido, con autoridad, plazas y parques en la capital, en Halmstad, Malmo, Goteborg, etc.; es el *"Jardín de Milles"* (Millesgárden), vieja casona romántica levantada entre los años de 1908 y 1920 en Lidingo, uno de los barrios más pintorescos de la ciudad y donde se han ido atesorando, en amorosa ubicación, algún original y buena cantidad de réplicas de las obras principales del viejo escultor. Allí vuelve, casi todos los años, en la buena época, Carl Milles; allí puede acudir el que quiere enriquecer un paseo a la montuosa localidad, bordeada por el río, los árboles poderosos y el no menos poderoso perfil de las fábricas lejanas, exaltadas por el humo. Pero la obra de Carl Milles, asociada al árbol, al agua y a la arquitectura, está en todas partes. En el armonioso centro cultural de Goteborg, la pátina verde de Poseidon contrasta cuidadosamente con los fondos ocre anaranjados y grises; en pleno centro de Stokholm, la fuente de Orfeo es una poderosa exaltación que no se evade del trazado viario. Y así siguiendo. Pero en lo dicho va implícita, asimismo, la aceptación que su obra tiene entre arquitectos y urbanistas. Las fotgrafías de sus monumentos en Grambroock, San Louis, Des Moines y Ann bor, denuncian claramente, esa consecu cia de su actividad que sabe ligar la esc tura a la definición urbana hasta integ se en ella. Este es el más poderoso y ef tivo saldo de su fuente tradicionalis de ese nutrirse indistintamente de lo jor que han dado las culturas clásicas orientales. Pero hay mucho más positi en su obra. Y es, precisamente, eso, q justifica las variantes del juicio y las h auténticas, como auténtico es el orgullo Suecia por poder contarlo entre los eje plos mejores de su aporte al desarrollo la plástica mundial.



LA FUENTE FOLKUNGA, de 1927,

CARL

Lo expuesto no es, aunque lo pare paradoja. Una obra de arte, como una p sona, puede ser contradictoria, sin que s contrapropuestas se anulen. Y puede, c mo en este caso, radicar ahí su valor. E nuestra época, más que en ninguna otr el juicio crítico tiene una punzante actit polémica. Difícilmente el apasionamiento que conduce una bandería —admitida no— deja de sustentar la posición adopt da, que suele ser extrema, porque a extr mismos conduce la violencia de la luch en la que, aunque no se lo proponga, crítico se introduce. Machado llamó al s glo XIX, siglo de ciento cincuenta años, quizá se quedó corto. Esto es cierto en l que tiene relación con el sentimiento y pa ticularmente con las expresiones artística Pero la certidumbre de tal anormalidad n priva de la circunstancia feliz de que ha ya, también, una poderosa corriente qu tienda a legitimar las condiciones auténti cas de nuestro siglo y es, precisamente, e arte mal llamado de vanguardia el que d el tono de esa vibrante afirmación. La consecuencia es una superposición de actitudes y de resultados opuestos; por un lado el falso apego a una formalidad no vigente, con total ausencia de sentido histórico.



EL ENCUENTRO DE LAS AGU



...Linkoping. Está realizada en bronce y ...gro.

CARL MILLES

con negación de auténtico tradicionalismo y, por otro, una cada vez más enconada afirmación del presente que, aunque llegó a excesos por razones de lucha, busca ya su cauce sereno y firme. Los artistas, los grupos de artistas, y los teóricos, no sólo hicieron y guiaron sino que, en tan difícil y angustiosa situación de conquista de privilegios, hicieron de la crítica, la tesis y la propaganda, el obligado correlato de su actividad. Si hubo quienes pecaron, en tan ardiente capítulo de la humanidad, de tibieza acomodaticia, si hubo quienes sacaron del desconcierto, ventaja personal y pasajera; si de todo ese ruido que arma ya copiosas bibliotecas y nutrió galerías, mucho escandalete torpe pudo haberse obviado, eso no impide que se deba mirar con respeto la extraña, a veces feroz y siempre demasiado extensa controversia que ha ido cimentando una realidad incontrovertible. No puede dejarse, tampoco, de admitir que tantas audacias justifican la parcialidad del juicio y su apasionamiento. Es lógica, entonces, la actitud dual y encontrada de la crítica frente a Carl Milles. A éste le toca actuar en esa primera mitad del siglo que, llevada por los impulsos de la pintura nueva, fué plasmando el actual lenguaje de la arquitectura y la escultura. Y Milles, durante mucho tiempo, con su obra, fundamentalmente, antes de afirmar en los últimos tiempos, una extraña posición de rezagado, compartió ambas corrientes, nadó entre dos aguas y fué el único de los escultores de su tiempo, que pudo guardar equilibrio en tan difícil actitud. Esa es, sin lugar a dudas, su gran virtud y es lo que da valor a la obra de su madurez, la que se ubica después de 1925 y se extiende hasta el 40, aproximadamente.

Milles no ha actuado como un snob; su posición ambigua es legítima y serena. En su actividad resume firmemente las corrientes encontradas que del siglo XIX vienen anunciando el vuelco de la plástica. En su eclecticismo formativo, se da la necesaria experiencia del recuerdo, de la puesta a punto. Si él mismo no saca la consecuencia lógica y necesaria, si ahora vuelve a una posición que contribuye a superar, eso es harina de otro costal. Quizá le estuvo a él reservada la titánica tarea de extender esa pausa en la controversia, para que otros afirmen la validez de su experimento. Y es hora de que la crítica rezagada no yerre con él, porque bien se sabe que no son los artistas los buenos árbitros de su producción, los seguros profetas de su aporte; hora es de que mire su obra con el respeto que la valentía y la contención afirmativas y valederas merecen. En cuanto a la posición de los modernos, también merece ser revisada en lo que a su estima corresponde, sin caer en la trampa fácil que su actual posición permite. Es decir: vale la pena detenerse a observar, con serenidad de juicio, con austeridad sentimental, lo que Carl Milles ha hecho como escultor; vale la pena *verlo* y no pasarlo por alto, como en el fondo, se viene haciendo desde hace un tiempo largo. Que no quede a los suecos, tan sólo, o poco menos, la tarea de valorarlo, porque Carls Milles, escultor de formación no nacionalista, ha hecho su obra como resultado de una formidable experiencia universal y la humanidad entera puede sacar partido eficaz de la síntesis que él emprende cuando se libra del influjo de la falsa síntesis propuesta por Hildebrand.



...S, en Saint Louis. Missouri, 1940.

A las audacias de modelado —afortunadamente pasajeras— de Rodin, la escultura moderna debe sumar, para la aventura creacional que le está encomendada, la revaloración del sentido clásico que el mismo Rodin impone y su enérgico sentido dinámico. Si Rodin cae —conscientemente— en la blandura sentimental y anecdótica, también es cierto que realiza el Balzac; pero no sólo ese monumento audaz justifica su presencia en el mundo; es su ímpetu renovador, afirmado en las raíces tradicionales, lo que empuja la presencia de discípulos que lo superan hasta lograr un movimiento que pronto se evade de la fácil imitación de la ruina. En esa fuerte corriente, incluso en sus defectos naturales, se nutre la primera obra de Milles.

Pero el eclecticismo romántico de última hora, busca otras savias y descubre, por un retardado amor al medioevo, la fuerza de la escultura romántica, su sabido sentido decorativo, hinchado por una potencia espiritual segura, y magnífica en la invención formal. Descubre, ahondando en el amor a Grecia, la ordenación geométrica del arcaísmo; y por el lado de Roma, llega a los etruscos. Más todavía: el orientalismo de la hora —movido por razones extraartísticas— lleva al deslumbramiento por la escultura hindú. Todas las posibilidades nutrices de estas revisiones permiten dar y dan, distintos cauces de realización. El que las tienta todas, en firme unidad, es Carl Milles. Carl Milles realiza, fuera del siglo XIX, la experiencia que ese siglo no fué capaz de hacer; —la experiencia que había necesidad de hacer. Por eso se hunde en él, sin que se lo pueda emparentar claramente con los artistas del ochocientos; pero saca de ellos y de los que inútilmente se mantienen allí, la consecuencia profunda de una tentativa que no se llevó a cabo.

Las distintas corrientes pueden dar extremos: Rosso, Bouredelle, Marini. Pueden afirmar la unidad: Carl Milles. Y la aparente controversia formal, se resume, entonces, en la demostración de que era lucha inútil; que el parentesco era raíz profunda y única y que las variedades de la expresión escultórica eran fantasmagorías. Esa es la gloria incuestionable de Carl Milles.

La lucha menuda, la afirmación de particularidades externas, conduce a la obra polémica, que busca a los elegidos, que se sitúa en interiores; la afirmación severa, firme, de una tradición única, busca el aire libre de las plazas y los parques. Sabe acusar, para la escultura, el sentido de integración que fué su grandeza en el pasado y que fundamentó la renovación de los movimientos modernos de real validez. Recuérdese la posición del grupo DIE STIJL, holandés, puntal de la más audaz renovación plástica de nuestro tiempo. Como bien se sabe, en él se buscaron, por antecedencias estilísticas serias, las poderosas razones que desde la antigüedad aunaron todas las variedades del arte; la tesis lógica fué volver a fundirlas, en la unidad de estilo que la modernidad reclama; así se la fortalecía, al par que se desbarataba la alardeada e inútil independencia que venían blasonando por todo lo largo del siglo XIX. Con un distinto punto de partida, con una labor ahincadamente personal, Milles había llegado al mismo punto. De las corrientes ochocentistas, íntimamente ligadas Milles había salvado el aporte valedero. Su escultura se nutre de los espacios de los

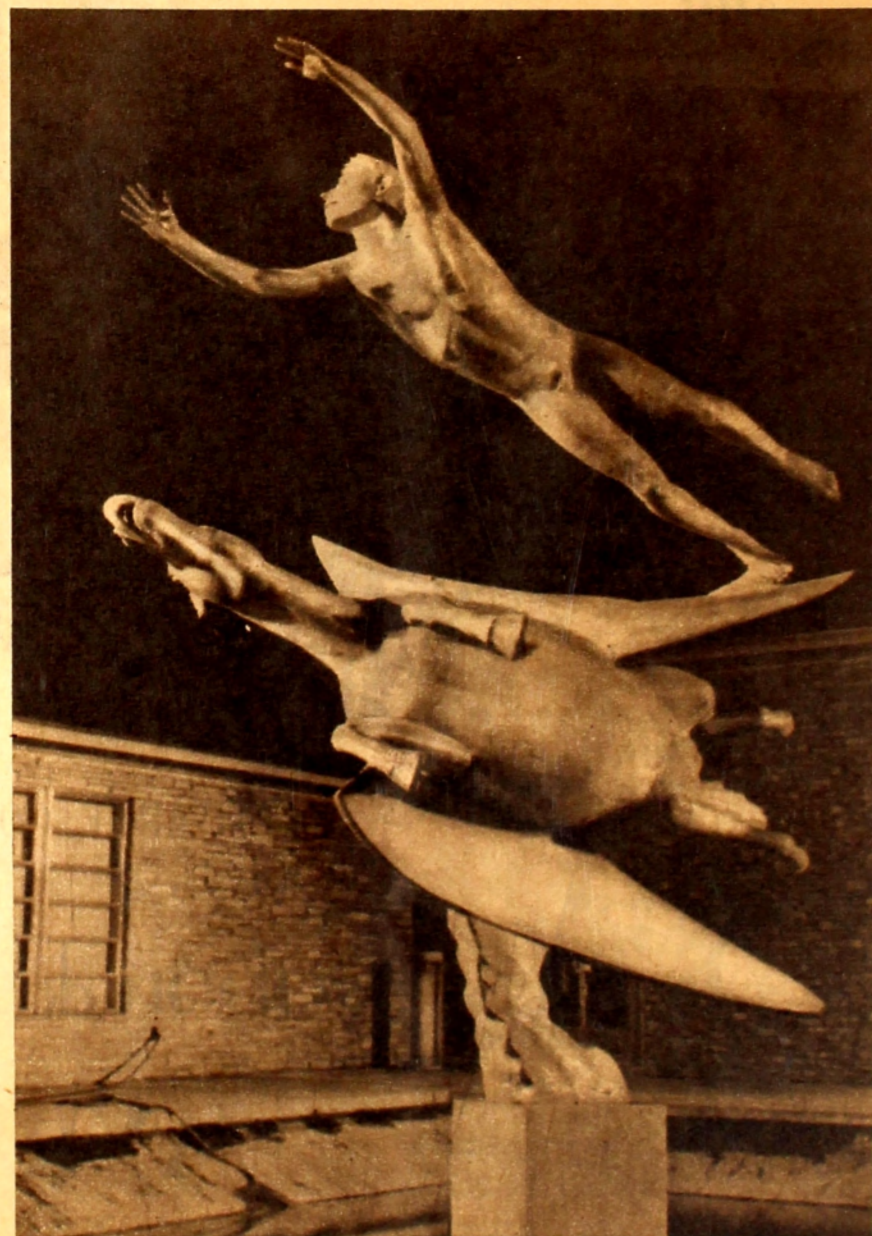


LA FUENTE DE POSEIDON, en la Gotaplatsen, de Goteborg. 1924-30.

contrastes con la arquitectura, de la relación con el agua y con el verde que la integran. Así la obra personal, de profunda raíz individualista, al surgir de corrientes eternas, integra la labor común, pasa a esa condición social, colectiva, que es la grandeza de nuestro tiempo. Vale la pena aprender de tan excelente ejemplo.

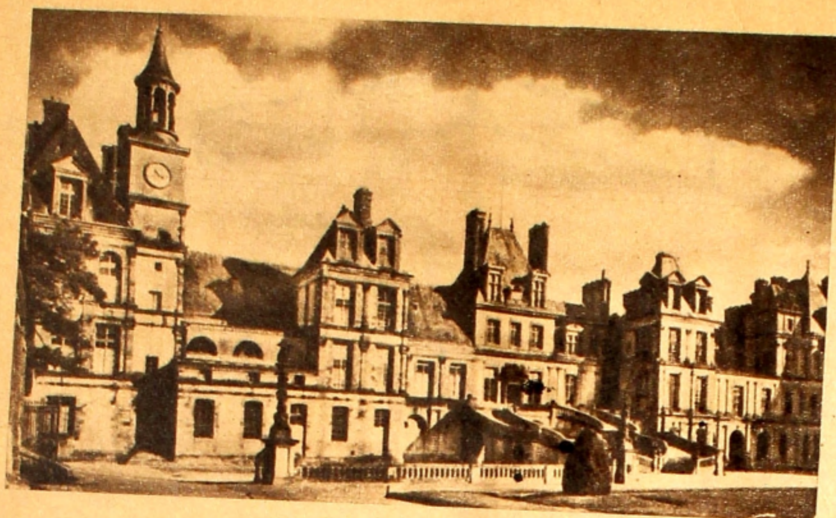
Fernando **GARCIA ESTEBAN.**

(Especial para **EL DIA**).



HOMBRE y PEGASO, en Des Moines (Iowa).

LA ACELERACION DEL MUNDO... Y SUS LENTITUDES



El otro palacio napoleónico ("Los siglos se hacen años") es este de Fantainebleau.

TESTIGO, historiador, notario, imagen del mundo actual, me mostró el cine esta noche la entraña de nuestro tiempo. En un simple "film" de actualidades, un paisaje ártico aparece (Groenlandia, o Islandia, el Labrador, la Bahía de Hudson); hielo en la llanura nórdica, bancos de hielo en el mar; en el horizonte bajo, lívido sol de medianoche. Y, en medio del paisaje helado (mecánica, anticipaciones), inmenso manchurrón negruzco: las grandes bases aéreas instaladas en el Gran Norte; la técnica siglo XX vecina del polo ártico. Chozas de esquimales en las arrugas del suelo, perros de trineo, aceite de foca, un reno cornudo... Y los esquimales. Estos hombrecitos anchos, con andar de pingüino, pieles crudas sobre el cráneo chato, en el cuerpo rígido, en los pies pesados; muñecas las mujeres de mirada asiática, montón andante de pieles, cabellos con rebrillar de grasa; en la espalda de la mujer prendida, la cría que mira con ojos de espanto. ¿La entraña de nuestro tiempo? Esta imagen viviente, substancia de aquella entraña. Este pueblo esquimal que casi vive todavía como vivió el hombre de las zonas templadas 10.000 años atrás, residuo de la prehistoria, que no conoce la casa de piedra, ni el cristal, ni los metales casi, ni la cocina compleja, ni la aventura de andar, ni conoció la rueda, ni la carreta, ni la montura, ni la ciudad, ni el alba de la mecánica, ni el automóvil... y se encuentra de pronto en medio del mundo de la radio, de la televisión, del radar, de la máquina excavadora, del avión a reacción, de las armas automáticas, casi ya del "robot". Este hombrecito ancho, montón de pieles andante, residuo de la prehistoria, que salta en menos de un año un muro de treinta siglos.

Entraña de nuestro tiempo, ciertamente. Porque esta imagen del esquimal entre las bases del Gran Norte (prehistoria y siglo XX reunidos) es, por ahora, la última, pero no la primera, en el fenómeno crucial de hoy. Me recuerda, y es mi experiencia, la imagen de un nómada del desierto visto hace ya veinte años en el Medio-Oriente, camellero erguido en su lenta montura, corredor de las pistas de arena que conocieron Alejandro, y Ciro, y Jerjes, y los pueblos de la Biblia, visitador indiferente de ruinas, camino de Damasco, de Babilonia o Bagdad, que también en un día pasaba del pelo sucio de su camello lento, sin la transición de la rueda, de la carreta, de la tracción de sangre, al vértigo charolado del automóvil que lo envolvía en polvo. Y aún me recuerda visiones de tierras de petróleo, en ese mismo Medio-Oriente que en medio año pasaba de la cabra, del carnero, del camello, de la choza de barro o la andadura del nómada, de la sed y del zocc, de la lancha de pieles y del odre, a la selva de los "derricks" y a las bombas mecánicas, a la verticalidad de las refinerías y a la serpiente inmensa de los "pipe-lines", al mundo del automóvil, del camión, de la cisterna automática, de los muelles, de los barcos-tanques. Salto en las tinieblas, y sin transiciones, sin escalas, de la pata del camello y de la arena sedienta hasta el motor de explosión.

Y aún... En diez años. A veces en menos de diez años. Los úlltimos vividos hasta hoy. En Oceanía, en Asia, en Africa. Lo que duró en Occidente veinte siglos. Ese ir, o la apariencia de ir, desde el paternalismo de gobierno, desde el jefe de tribu, desde el reyezuelo-dios, desde el gobierno del brujo y por el brujo, hasta ese instrumento sutil y complejo, experimental y frágil, que se llama Democracia. Aún no ha estudiado nadie el cómo y el porqué puede uno preguntarse en esta fase del fenómeno: ¿El ritmo del mundo en nuestro tiempo? Y añadir esta respuesta: La rapidez con que aparecen hoy en los cuatro puntos cardinales, sobre la blusa del chino o la chilaba del árabe, sobre la piel del africano o sobre el "sarí" del indio, la chaqueta, el pantalón y la camisa. El "uniforme" de Occidente. Al mismo tiempo que ese Occidente repudian.

¿Y qué hay en esas imágenes, entraña de nuestro tiempo, sino la aceleración de la historia? ¿La aceleración del mundo? También, en parte, la precipitación del mundo. La velocidad (cada día mayor) que toma este extraño navío en el que navegamos todos, a placer embarcados o a disgusto. Claro está que no es de ahora ese grito que anuncia consumos de velocidad, cualquiera que la dirección sea. Y el consumo. "Tres siglos consumidos en tres años" —decían ya los hombres embarcados en el mundo de la Revolución Francesa. Y en "El cura de aldea" escribía Balzac: "El ferrocarril cambia la entraña del mundo y duplica la vida humana. Porque modificó las leyes del espacio. Y las leyes del tiempo". Y a los 30 kilómetros horarios de su época referíase Balzac. Los mismos de Michelet en su "Historia del siglo XIX": "Uno de los hechos más graves y menos advertidos de este siglo es el cambio total de la velocidad del tiempo, producto de la velocidad mecánica". "De tamaño se reduce el planeta —escribía Emilio Zola— en la proporción en que decrece el tiempo necesario para recorrerlo entero". Y ya decía Bergson, de su tiempo también: "Más se transformó la vida en diez años que durante siglos enteros, o milenarios acaso". "En mi sola vida de hombre —decía aún Napoleón— caben las pirámides de Egipto, mis palacios de Italia y mi palacio de Fontainebleau. Los siglos se hicieron años". Y pensando en los hombres de la Revolución Francesa, en Balzac, en Michelet, en Bergson, en Napoleón, en Zola, y en su mundo, recuerda uno que el

Museo de San Germán exhibe las herramientas utilizadas por los galos pre-romanos, siglos antes de que naciera César, y son las mismas que empleaba el artesano hace un siglo nada más. Que veinte siglos separan a Espartaco y Robespierre. Que poner silla a un caballo es una vieja invención china y hasta ocho siglos después no inventó un "bárbaro" el estribo. Que el aluminio es invención de 1825, y todo el siglo XIX en el olvido le deja, rareza de laboratorio. Habrá de pasar un siglo hasta que se haga material omnipresente. Pero aparece el primer motor de explosión cuando este siglo comienza y 25 años (nada más) bastan para que llene la tierra. ¿El avión a reacción de hoy? Con la "araña volante" nace, en 1910. Y la velocidad aumenta. Porque en 1937 muere ese lord Rutherford, primer hombre que nada más tiene la "noción" del núcleo atómico, y en 1945 (nada más ocho años), en el cielo de Hiroshima cambia el destino del hombre. ¿Innumerables los ejemplos todavía? ¿Hace falta citar más?

Pero ¿y el hombre, la velocidad del hombre, en este ciclo sin cesar acelerante? Tampoco cabe ese hombre entero en estas líneas sumarias. Lo que llamaba "las luces" el siglo XVIII, "progreso" el siglo XIX, "la técnica" nuestro siglo, ¿transformóse esencialmente en velocidad que aumenta? El fermento de la evolución occidental tendencia a la acaleración en todo casi ha sido. Como si entera viviese en la fuerza de esta exigencia (¿además filosofía?): sólo tenemos una vida y es corta su duración. Con la ambición de conquista sobre la naturaleza entera. Por ser la vida corta, y por ser única, sólo aquello que, en la acción, regular sea, e infalible también, puede darle un instrumento para el dominio del mundo. La máquina sola, pues. Porque acelera la máquina, sobrepasa y multiplica, los medios humanos en el tiempo. Aunque algo haya, o haya mucho, de aprendiz de brujo en la práctica de tal filosofía. En la medida en que la máquina, medio de acción al comienzo, se hizo dueña del hombre. Y no por ese lugar común y mito del hombre prendido en la máquina, tema de anticipaciones novelescas que fué moda del siglo XIX. Porque acelerando, en cambio, más allá de la velocidad humana, ya lo mató, o está matando, toda su vida interior: la contemplación, los sueños, la dulce paz del espíritu, el pensamiento no utilitario, el ser el hombre uno mismo (principio, individuo y fin). (Ese hombre en su automóvil subido y que devora kilómetros sin saber a dónde va... por el placer de correr). Y precisamente porque la vida interior es lo contrario de la acción acelerante, factor en cambio de duda, y freno en la velocidad del mundo. ¿Quién no advierte que ya no es la intuición, lo íntimo, elemento primordial del hombre, y esencial se ha hecho, en cambio, la standardización de sus reflejos, la mecanización de la voluntad? Si una diferencia profunda existe entre un hombre —el hombre— de hoy y el hombre nada más de un siglo atrás, es el cómo se transforma el ejemplar humano en material intercambiable, pieza de recambio, masa que se sustituye, mientras era el otro singular individualidad. ¡La standardización de los reflejos! La masa que reacciona con la misma reacción. ¿Acaso, genéricamente, el hombre no *siente* cada vez menos lo que dice, y sin sentirlo *lo practica?* O cree que lo practica. Ese mundo que rápidamente y por entero se pone el pantalón, la chaqueta, la camisa. ¡Y habla de Democracia!

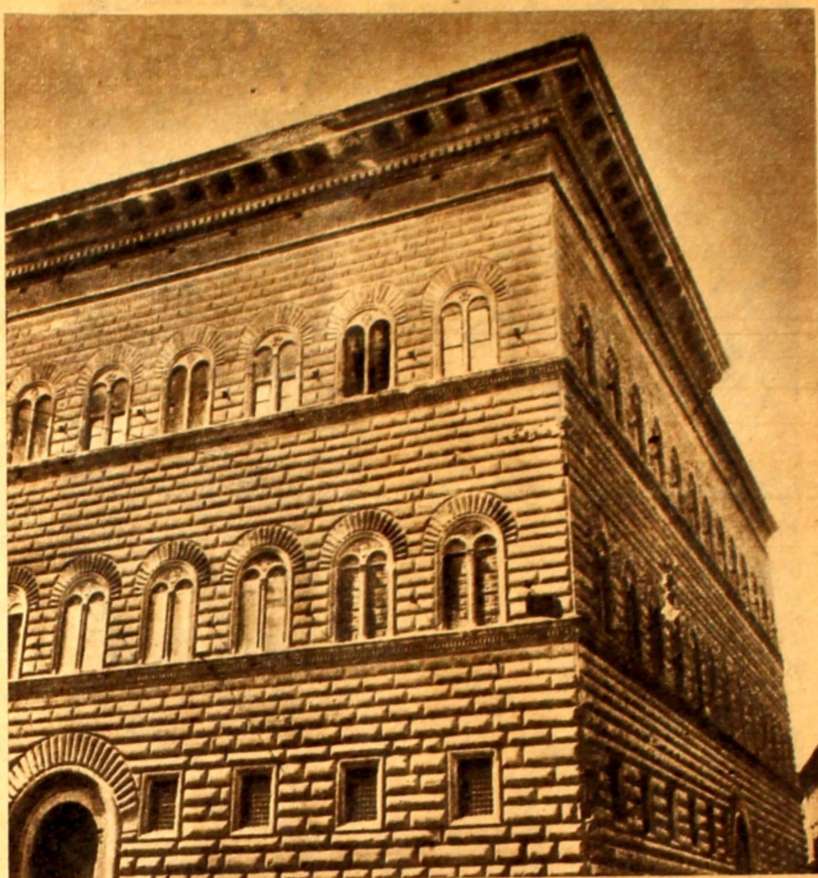
¿Los signos? ¿Más ejemplos todavía? La obsesión sensorial sustitúyese al pensamiento, a lo íntimo muerto, al yo de adentro, y el hombre automático va naciendo en seguida. Con su vocabulario nuevo. Vocabulario "robot", si se quiere. ¿Acaso porque el vocabulario de la vida interior, en sí mismo es confuso, vocabulario lento, y la necesidad de hacer acelerado pone imágenes donde palabras hubo? ¿Acaso porque más rápida reacción standard que la idea sugerente provoca la imagen que la proclama? ¿Puede negarse, en todo caso, que a la civilización de la palabra se sustituye la civilización del signo? ¿Porque la palabra misma no es bastante precisa, esclava permanente de la frase lenta? ¿El triunfo de las matemáticas, reino del signo, en el ciclo acelerante, nace en el vientre de esa exigencia? ¿Porque el signo externo (que no es el matemático) no se pierde llamando a la inteligencia, analítica y lenta, y a la percepción espontánea recurre, al instinto, al reflejo? ¿Para qué añadir aún preguntas? Un timbre que suena rápido provoca reacción mayor que una lenta explicación. Mientras que un hombre del siglo XIX jamás hubiera pensado decir otra cosa que "Organización de las Naciones Unidas", "Confederación General del Trabajo", "Asociación para el salvamento de náufragos", "Cría del conejo de Indias", sólo es del ciclo acelerante decir O.N.U., C.G.T., A.S.N. o C.C.I. Y, sobre todo, verlo. ¡Verlo! Y rápidamente verlo. Ver las naciones en esa N, y unidas en esa U, y el conejillo lindo en la curva grácil de esa C. "¡Atención!" —dice (o decía)— un cartel carretero en lugares de peligro. O "¡Curva difícil! ¡Prudencia!". Para prevenir al conductor que rueda, ebrio de velocidades hoy, restos de automóviles deshechos alzando sobre zócalos de piedra en los bordes del camino, provocando los reflejos del conductor imprudente. Y en seguida piensa uno que se frena el pie. ¿Acaso con los pies no se acelera también? "Krisma de las sirenas" hubiera bautizado un personaje de Balzac cualquier producto conservador del pelo. Y hasta veinticinto líneas hubiese escrito, en un estilo florido, para hacer el elogio del producto. ¿Para qué las palabras hoy, y mucho menos la frase? Un craneo calvo línea continua trazada: cabellera lujuriante en la botella. Nació la "imagen de choque".

Al final de sus "Memorias de ultratumba", entre dos imposibilidades comprimido ve a "su mundo" Chateaubriand: imposibilidad del pasado; también la del porvenir. Y aún pensaba nada más Chateaubriand en la peripecia simple, política, de su tiempo. En los cambios de régimen que se llamaban República, Imperio, Restauración. Imposible la vieja Monarquía. Su pura Restauración también. En un tiempo bien lejano, y de calmas modelo, si con los huracanes del nuestro la comparación se hace. Pero ¿no se encuentra ahí, precisamente, una de las mayores anomalías patológicas del nuestro? ¿Quién no advierte la disparidad profunda entre el crecimiento acelerado, infinito el horizonte, de los medios técnicos puestos al servicio de los hombres de gobierno, y la modicidad en cambio, del progreso, la debilidad del ritmo esta vez en las maneras de gobernar, de orientar, y de negociar aún? El pensamiento, la palabra, la propaganda (los horrores de la propaganda actual), con la velocidad del rayo se propagan. Y bien exacto es ahora este lugar común del rayo, palabra que en ondas de la radio vuela, variedad de la luz, y la tierra entera abraza nada más en fraciciones de segundo. Pero ¿hay acaso fundamentales cambios en el ejercicio del poder, en la manera de gobernar, en su técnica interna, desde la antigüedad greco-latina? ¿Desde la ciudad ideal de Platón cuyo número de ciudadanos tenía por límite el de aquellos que podían oír al mismo tiempo al gobernante que de su gobierno hablaba? Porque la humanidad entera podría oír ahora al mismo tiempo a un solo hombre. Las reuniones diplomáticas, conferencias, asambleas, ¿están acaso de acuerdo con el cambio de escala y de volumen inscripto en nuestro tiempo acelerado? ¿Acaso no se descubre a veces que la sola diferencia con el pasado inmediato consiste en que se divierten mucho menos los Congresos que un siglo atrás apenas bien lo hicieron? Aunque en este caso del Congreso, o los Congresos, Asamblea o Asambleas diplomáticas, quien desde afuera oye y mira no puede ser insensible a los cambios que la realidad ya impuso. Con la aceleración de la técnica dentro, desde luego. Y su peso. ¿Hace cosa distinta el hombre que a la Asamblea hoy llega en avión transatlántico, en expreso de lujo, en su "auto" charolado (120 a la hora), y el que hace un siglo apenas en carroza llegaba, o en coche de postas, o en silla de mano? Porque un Metternich, un Talleyrand, un Wéllington, cuando en el alegre Congreso de Viena (1815) intentaban rehacer a Europa (y era el mundo lo que rehacían), no tenían por qué pensar en lo que inventaba un Volta, descubría un Galvani, o creaba Ampere. No se gobernaba al mundo con la rana de Galvani. En las Asambleas de hoy, el torbellino de la velocidad atómica preside. Y no el presidente electo.

Recuerda uno a Paul Valery. Porque vivimos aplastados entre lo que *no quiere* morir y lo que *no puede* nacer aún. La disparidad entre lo que es lentitud en la técnica de gobernar, de conducir hombres, y la aceleración del mundo, es como aquel esquimal, montón de pieles que anda, residuo de la prehistoria entre las bases aéreas de las tierras árticas; como ese camellero envuelto en polvo por el automóvil que recorre las pistas del Medio-Oriente.

J. B. TOLEDO.

Burdeos, 1953.
(Especial para EL DIA).



El Palacio Strozzi, de Florencia, conoció al "Napoleón de Italia".



"Los jinetes del Apocalipsis", de Alberto Durero. Goethe decía de este grabado genial que era la apoteosis de la velocidad sin fin.



Lo que queda de la Roma de Espartaco: la revolución virtuosa... a 20 siglos de Robespierre.

INFORMACION LOCAL



Periodistas paraguayos Sres. Casimiro Gómez, y Ovidio Gómez Figueredo, (centro), en la visita realizada a nuestra redacción.







El magnífico ombú ubicado en el cruce de las calles Anador y Las Heras se encendió con luces multicolores para iluminar un improvisado escenario en el que se realizó una exhibición de patín artístico por el Club Victoria, repartiéndose después golosinas, juguetes y libros a los niños.





Ha iniciado sus deliberaciones la Asamblea del Claustro de la Facultad de Veterinaria en su V Período. Estas notas corresponden a la sesión inaugural.



El comando de la Guardia Republicana, coronel Justino E. Klein, ofreció a los familiares del personal una fiesta en la que se repartieron juguetes y golosinas a los niños, con Reyes Magos seguidos de su séquito, produciendo la natural alegría en la gente menuda.

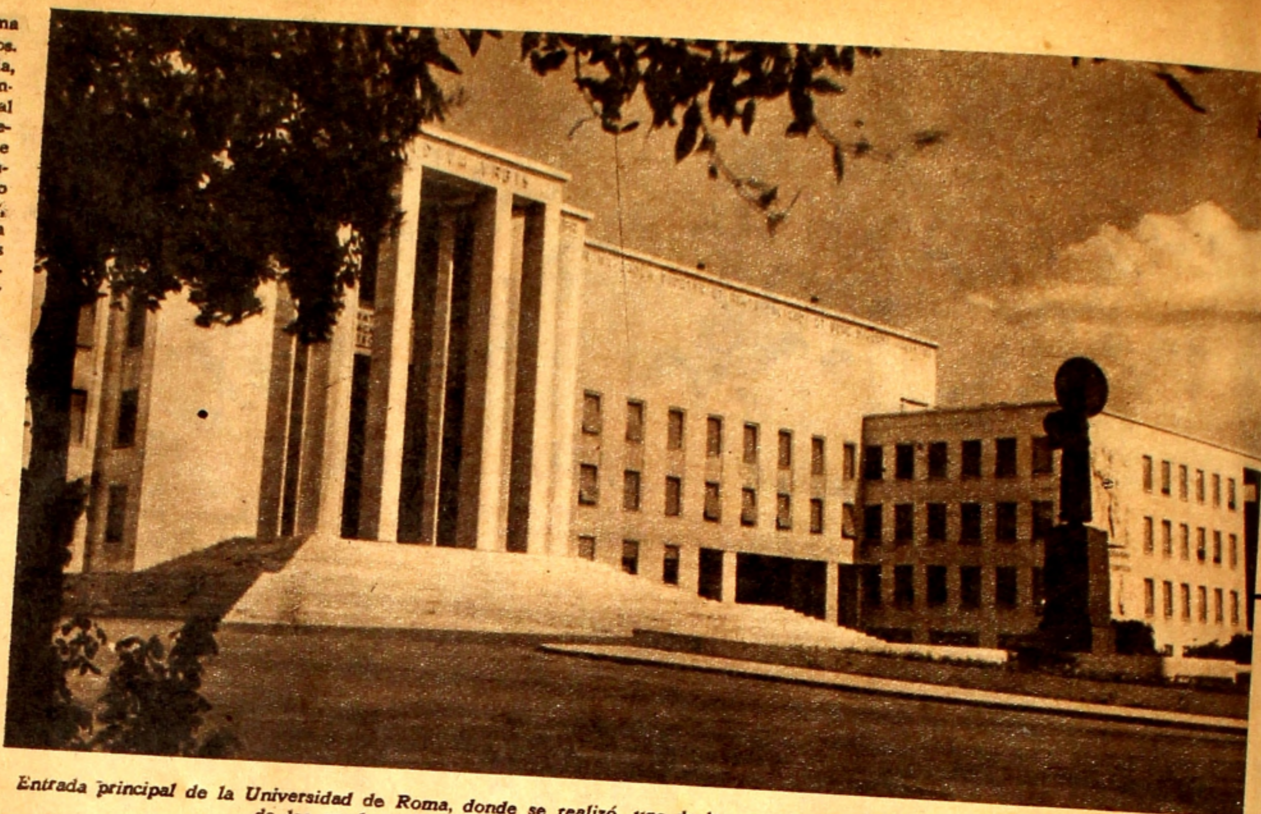


Fiesta de confraternidad de la mujer batllista, organizada por el Comité Nacional Femenino Batllista y la C. N. Femenina Batllista, al dar por clausuradas sus actividades del año pasado.





Celebrando el segundo año de existencia de la biblioteca "General Artigas", que realiza una importante labor de divulgación cultural, se realizó un acto de congratulación de la Editorial, asistiendo el Sr. Ministro de Defensa Nacional y Sr. Inspector General del Ejército, que aparecen en estas notas rodeados del Consejo Directivo de la Biblioteca.



Entrada principal de la Universidad de Roma, donde se realizó uno de los actos más importantes en homenaje a Charles Chaplin, de los muchos que le tributó el pueblo italiano durante su reciente visita.

Charles Chaplín, en Roma

CHARLES Chaplin ha tornado a Roma después de una ausencia de 21 años. La última vez sólo había visitado Venecia, viajando de Viena a París, donde el entonces canciller Arístides Briand lo invitó al Quai d'Orsai para condecorarlo con la Legión de Honor en presencia del Presidente de la República. Redondeaba en aquel viaje una jira por Europa. En ese momento los nazis no estaban todavía en el poder, pero hicieron lo posible por acapararse a Carlitos, quien aceptó pacientemente las demostraciones de una pompa y exterioridad digna del nacional-socialismo. Al fin y al cabo, era propaganda para sus films... Esto no le impidió, muchos años más tarde, ridiculizar a sus homenajeadores en "El gran dictador".

Algo parecido han hecho los comunistas italianos al anunciarse la visita de Chaplin. Desde hace años ellos mismos se encargaron de lanzar la especie de unas presuntas cordiales relaciones entre el gran artista y el "partido". Los comunistas, por lo tanto, habían preparado una recepción monstruo al bufo. Durante semanas las revistas adictas al Kremlim dedicaron sus principales páginas al actor que, según ellas, interpretaba como nadie el "drama contemporáneo", exaltando el sentido socialista de su arte. Esto último no parece totalmente incierto, pero por ello mismo no se ve la relación que tenga con el comunismo.

De todas maneras, los organizadores de la vía de la "Botega Oscura" —así se les llama aquí— tienen siempre en cuenta la sentencia de Goebbels: "Di una mentira, dila con sinceridad, repítela lo más seguido que puedas en cada ocasión, que al final, la diferencia entre una verdad absoluta y una afirmación falsa pero obsesionante será tan sutil que la gente creerá solamente lo que retiene su oído". Por lo tanto, todo estaba preparado para presentar a Chaplin como un héroe incomprendido de Estados Unidos y consecuentemente, como huésped grato de sus hermanos italianos.

Esto ya era más de lo tolerable y el gobierno democrático, sintiendo que era el momento de intervenir, tomó las cosas por su cuenta y las hizo por todo lo alto. Desde su llegada al aeropuerto de Cimpino, Chaplin no ha tenido un minuto de libertad. Tuvo que hacer un verdadero "tour de force" para no desfallecer ante el programa de agasajos a que fué sometido. Todo estaba matemáticamente previsto.. menos que el avión llegara con anticipación, lo que dió motivo a que la entrada de Chaplin a la ciudad eterna no fuera precisamente airosa. Resultó que las autoridades y la Sociedad Industrial Cinematográfica habían previsto el arribo para la hora 14, citando para la misma a los cronistas. Pero el aparato, por tener viento de cola, llegó antes de lo previsto. Ya estaban allí varias personalidades, pero faltaba lo más representativo del cine, como De Sica, Rosellini y otros productores y estrellas. Gran embarazo produjo esta situación a los maestros de ceremonia, y para que no faltaran los abrazos más significativos, se hizo necesario tener a Chaplin encerrado en una oficina de la Aduana hasta que lo más granado del mundo peliculero se hizo presente. Me imagino que el gran artista sacará frutos de la escena para alguna de sus películas futuras.

La noche de ese mismo día le fué dada una cena oficial. Al día siguiente, de mañana, tuvo que hablar para la crítica y se realizó la presentación en "privadísimo" del film "Lime light". En seguida otra comida durante la cual habló el señor Andreotti, como delegado de la Presidencia del Consejo, en cuyo nombre hizo entrega al homenajeado de una medalla de oro. El dmingo por la mañana, los productores encabezados por De Sica le brindaron a Chaplin un espectáculo infantil en el que intervinieron mil quinientos niños de las escuelas populares. Allí fué donde el bufo descendió de su pedestal de grandeza para convertirse en el Carlitos de todos los tiempos. Y no sé si porque para los chiquillos romanos volvió a ser "El inmigrante", "Charlot a Rotelle" o el de la "Strada de la Paúra", o por la ternura conque dos colegiales le ofrecieron un ramo de flores, lo cierto es que los ojos del genial actor adquirieron un brillo ajeno a la ficción cinematográfica. Y su voz, al agradecer la demostración, era alegre pero conmovedora, al punto que se produjo en la sala un silencio cargado de emoción. Y no puedo dejar de reproducir sus palabras, dichas en italiano: "No sabía que hubiese tantos niños que me aman. Me siento en este momento como un padre lleno de responsabilidad. Lamento no poder decir más que esto en italiano, pero desgraciadamente esta lengua maravillosa es para mí demasiado difícil. Que Dios bendiga a todos por la gran inspiración que me dan. Sois vosotros la personificación de lo más íntimo de mi yo interior, porque en el fondo, ¿no somos todos niños?" Ante estas palabras, la multitud infantil comenzó a aplaudir frenéticamente y no terminaron su exteriorización de júbilo hasta el momento en que se empezó a distribuir entre ellos el tradicional "panetone" italiano de navidad...

Resultaría tediosa una descripción detallada de los agasajos que siguieron tributándose al grato visitante, hasta que partió para Milán. ¿Resonancia e impresión de su estada aquí? De parte del gran público, no todas favorables. El pueblo de este magnífico país no está acostumbrado a tanto boato. Además se interpretó que en tanto barullo se incluía algo de propaganda previa a la exhibición del nuevo film, "Lime light", del cual escribiré en oportunidad. Los intelectuales y los artistas tampoco han visto con buenos ojos el carácter solemne y oficial de los homenajes a Chaplin. Por otra parte, y después de pensarlo bien, se cayó en la cuenta de que Carlitos no había dejado ninguna manifestación precisa. Se comportó, en suma, como un buen inglés: muchas palabras y nada de concreto.

Zulma de ALVAREZ.

Roma, diciembre de 1952.

(Especial para EL DIA).



Uno de los motivos del diploma entregado a Chaplin por el Instituto de Historia del Teatro, durante la solemne recepción organizada por el Centro Artístico Experimental, la Universidad y el Círculo Romano del Cinema.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

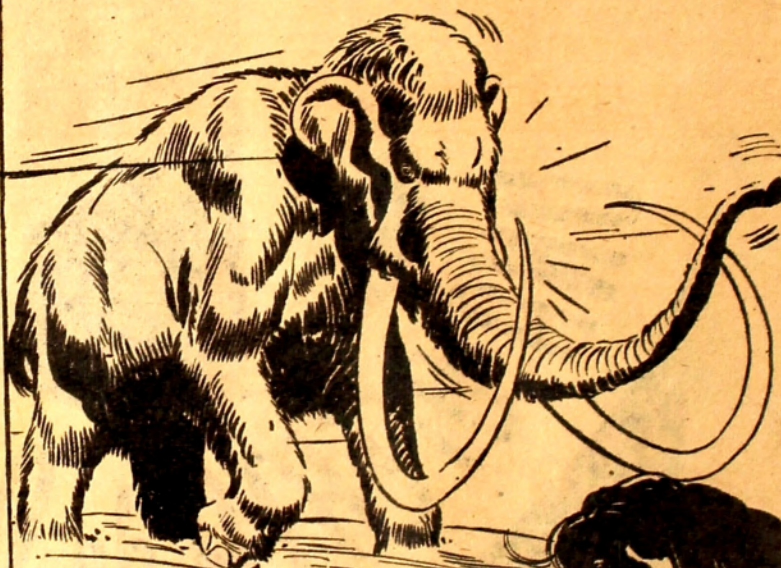
















Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.

SECCION TEJIDOS

SHANTUNG de RAYON

(INARRUGABLE)



CLIENTES del INTERIOR
efectúen sus pedidos
contra reembolso a
CASA MATRIZ
Av. Agraciada 2302
y M. Sosa.

Gran variedad
de diseños
Colores firmes
90 cmts. de ancho

Y COMO ESTA, GRANDES OPORTUNIDADES EN TODAS LAS SECCIONES DE NUESTRAS 3 CASAS

VEA LAS VIDRIERAS DE NUESTRAS 3 CASAS ★ AGRACIADA 2302 - Gral. FLORES 2341 - 18 DE JULIO 1601